La primera campana de Lima

En cierta tarde de septiembre del año 1535, hallábanse en un huerto situado en el terreno que hoy se llama el Martinete, y que fue el lugar donde Pizarro estableció el primer molino de trigo y la primera panadería, empeñados en una partida de bochas y palitroques cuatro caballeros, flor y nata de los hombres de la conquista.

Eran éstos el marqués don Francisco Pizarro, gobernador del Perú por Su Majestad don Carlos V; el capitán de arcabuceros y falconetes don Pedro de Candía, caballero de espuela dorada; el alcalde de la ciudad don Nicolás de Rivera, el Viejo, y don Blas de Atienza, compadre de su señoría el marqués, cumplido hidalgo y que fue uno de los once que en Cajamarca se opusieron al suplicio de Atahualpa.

-Truco y retruco -dijo don Francisco, lanzando la bola o bocha que en la mano tenía.

-¡Buen golpe, señor gobernador! -exclamó Pedro de Candía.

-Mingo, monigote y palos, ¡retrucar es! -añadió Rivera, aplaudiendo la destreza de Pizarro.

-¡La oración, caballeros! -interrumpió Blas de Atienza.

Y todos se quitaron los chambergos, se persignaron y rezaron entre dientes, a la vez que en la calle se oía un recio toque de corneta y tambor.

Ocho meses de fundada llevaba la ciudad de los Reyes; y para congregar a misa al vecindario, así como para designar la hora del *Angelus* y demás actos de religiosa plegaria, empleábanse los instrumentos bélicos.

Terminada la plegaria y vuéltose a cubrir los caballeros, dijo Blas de Atienza, que era hombre por quien Pizarro tenía gran respeto a la par que mucho cariño:

-Paréceme, don Francisco, que más que vida de ciudad hacemos vida militante; y ¡pardobre!, que las verdaderas cornetas del Señor son los bocinas sagrados, que no bocinas y parches.

-Tiene razón que le sobra vuesa merced -contestó Pizarro-, y holgárame de hallar entre nuestros compañeros artífice que de fundir campanas entendiera.

-Pues poco han de valer mis trazas e ingenio -dijo Pedro de Candía-, si en mí no tiene su señoría al hombre que ha menester para el empeño.

-Vengan esos cinco, capitán, que palabra le tomo -repuso el marqués, estrechando la mano del hidalgo.

-Y yo, en nombre del Cabildo -agregó Rivera el Viejo-, me obligo a suministrar los metales y cuanto el horno demande.

-Pues a la obra desde mañana, caballeros; y volvámonos a casa, que ya la noche se nos viene encima a todo venir.

Y en efecto, al día siguiente se principió el acopio de materiales, y en breve estuvo funcionando el horno, cuyos fuelles manejó constantemente el mismo don Francisco Pizarro.

La campana, que pesaba mil trescientas libras y que resultó muy sonora, se dejó oír por primera vez en la Nochebuena de diciembre, con gran contentamiento del vecindario limeño. El pueblo la bautizó con el nombre de la *Marquesita*. Fatalmente esta campana apenas funcionó por menos de nueve años; pues en 1544 antojose de ella el virrey Blasco Núñez de Vela para fabricar

arcabuces. Verdad es que ya no hacía gran falta, porque dominicos, mercenarios y franciscanos habían fabricado campanas, siendo una de ellas del peso de veinte quintales.

En cuarto a reloj público, el primero que poseyó Lima fue uno que en 1555 compró el Cabildo, y que costó dos mil doscientos pesos de oro, según lo afirma el padre Cobo en su interesante libro.

Ricardo Palma